

Rainer Maria Rilke

Los apuntes de Malte Laurids Brigge

Traducción de Francisco Ayala



Alianza editorial
El libro de bolsillo

París, 11 setiembre, rue Toullier.

¿De modo que aquí vienen las gentes para seguir viviendo? Más bien hubiera pensado que aquí se muere. He salido. He visto hospitales. He visto a un hombre tambalearse y caer. Las gentes se agolparon a su alrededor y me evitaron así ver el resto. He visto a una mujer encinta. Se arrastraba pesadamente a lo largo de un muro alto y cálido y se palpaba de vez en cuando, como para convencerse de que aún estaba allí. Sí, allí estaba. ¿Y detrás del muro? Busqué en mi plano: Maison d'accouchement¹. Bien. Dará a luz, eso es natural. Más lejos, rue Saint-Jacques, un gran edificio con una cúpula. El plano indica: Val de Grâce, Hôpital militaire. Ciertamente no necesitaba saberlo, pero no está de más. La calle empieza a desprender olores por todas partes. En lo que puede distinguirse, huelo a yodo-formo, a grasa de «pommes frits», a angustia. Todas las

1. Todas las palabras y frases francesas que tanto abundan en el texto alemán han sido respetadas también en esta versión tal como las escribió el autor.

ciudades huelen en verano. Después he visto una casa extrañamente cegada. No figuraba en el plano, pero he visto encima de la puerta una inscripción aún bastante legible: Asyle de nuit. Al lado de la puerta estaban escritos los precios. Los he leído. No eran caros.

¿Después? He visto a un niño en un cochecito parado: estaba grueso, verduoso, y tenía una erupción muy visible en la frente. Parecía que sanaba ya y que no le dolía. El niño dormía con la boca abierta, respirando yodoformo, «pommes frits», miedo. Así era y nada más. Lo importante era que se vivía. Sí, eso era lo importante.

No puedo dormir sin la ventana abierta. Los tranvías ruedan estrepitosamente a través de mi habitación. Los autos pasan por encima de mí. Suena una puerta. En algún sitio cae un vidrio chasqueando. Oigo la risa de los trozos grandes de cristal y la leve risilla de las esquirlas. Después, de pronto, un ruido sordo, ahogado, al otro lado, en el interior de la casa. Alguien sube la escalera. Se acerca, se acerca sin detenerse. Está ahí, mucho tiempo ahí, pasa. Otra vez la calle. Una chica grita: «Ah! tais toi, je ne veux plus!» El tranvía eléctrico acude, todo agitado, pasa por encima, más allá de todo. Alguien llama. Hay gentes que corren, se agolpan. Un perro ladra. ¡Qué alivio! Un perro. Hacia la madrugada hay hasta un gallo que canta, y es una infinita delicia. Después, de pronto, me duermo.

Hay los ruidos. Pero hay algo aún más terrible: el silencio. Creo que en los grandes incendios sobreviene a veces un momento de máxima tensión: los chorros de agua declinan; los bomberos no trepan ya; nadie se mueve.

Silenciosamente, una negra cornisa se desprende desde arriba, y un alto muro, tras del que salen las llamas, se inclina sin ruido hacia adelante. Todo está inmóvil y espera, encogidos los hombros y juntas las cejas, el tremendo desplome. Así es aquí el silencio.

Aprendo a ver. No sé por qué, todo penetra en mí más profundamente, y no permanece donde, hasta ahora, todo terminaba siempre. Tengo un interior que ignoraba. Así es desde ahora. No sé lo que pasa.

Hoy, al escribir una carta, me ha chocado el hecho de que estoy aquí solamente desde hace tres semanas. Otras veces tres semanas, en el campo, por ejemplo, parecían un día, aquí son años. Por lo demás, no quiero escribir más cartas. ¿Para qué decir a nadie que cambio? Si cambio, ya no soy el de antes, y si soy otro que el que era, es evidente que ya no tengo relaciones. Y por lo tanto no quiero escribir a extraños, a gentes que no me conocen.

¿Lo he dicho ya? Aprendo a ver. Sí, comienzo. Todavía va esto mal. Pero quiero emplear mi tiempo.

Sueño, por ejemplo, que todavía no había tenido conciencia del número de rostros que hay. Hay mucha gente, pero más rostros aún, pues cada uno tiene varios. Hay gentes que llevan un rostro durante años. Naturalmente, se aja, se ensucia, brilla, se arruga, se ensancha como los guantes que han sido llevados durante un viaje. Estas son gentes sencillas, económicas; no lo cambian, no lo hacen ni siquiera limpiar. Les basta, dicen, ¿y quién les probará lo contrario? Sin duda, puesto que tienen varios rostros, uno se puede preguntar qué hacen con los otros. Los

conservan. Sus hijos los llevarán. También sucede que se los ponen sus perros. ¿Por qué no? Un rostro es un rostro.

Otras gentes cambian de rostro con una inquietante rapidez. Se prueban uno después de otro, y los gastan. Les parece que deben de tener para siempre, pero apenas son cuarentones y ya es el último. Este descubrimiento lleva consigo, naturalmente, su tragedia. No están habituados a economizar los rostros; el último está gastado después de ocho días, agujereado en algunos sitios, delgado como el papel, y después, poco a poco, aparece el forro, el no-rostro, y salen con él.

Pero la mujer, la mujer: estaba toda entera caída hacia adelante, sobre sus manos. Era en la esquina rue Notre-Dame-des-Champs. En cuanto la vi me puse a andar despacito. Cuando las pobres gentes reflexionan no se las debe molestar. Quizá lleguen a encontrar lo que buscan.

La calle estaba vacía; su vacío se aburría, retiraba mi paso de debajo de mis pies y claquéaba con él, al otro lado de la calle, como con un zueco. La mujer se asustó, se arrancó de sí misma. Demasiado deprisa, demasiado violentamente, de manera que su cara quedó en sus dos manos. Pude verlo, y ver su forma vaciada. Me costó un esfuerzo indescriptible quedarme en esas manos, no mirar hacia aquello de que se había despojado. Me estremecí al ver un rostro tan de dentro, pero me daba más miedo la cabeza desnuda, desollada, sin rostro.

Tengo miedo. Hay que hacer algo contra el miedo cuando se apodera de nosotros. Sería demasiado terrible caer aquí enfermo, y si alguien tratase de hacerme llevar al Hôtel-Dieu, seguramente moriría. Este hotel es un hotel

agradable, muy frecuentado. No se puede mirar la fachada de la catedral de París sin correr el riesgo de dejarse aplastar por uno de los numerosos coches que atraviesan la explanada, lo más deprisa posible, para penetrar dentro. Ómnibus pequeños que tocan sin cesar. El duque de Sagan mismo tendría que hacer detener su carruaje si uno de estos pobres moribundos se empeñara en entrar directamente en el Hotel de Dios. Los moribundos son testarudos, y todo París modera su marcha cuando madame Legrand, «brocanteuse» de la rue des Martyrs, viene en coche hacia cierta plaza de la Cité. Hay que hacer notar que estos cochecitos endiablados tienen vidrios opacos terriblemente intrigantes, detrás de los cuales se pueden representar las más bellas agonías; es suficiente la fantasía de una «concierge». Si se tiene más imaginación y se la deja desarrollarse en otras direcciones, el campo de suposiciones es verdaderamente ilimitado. Pero he visto también llegar coches de alquiler abiertos, coches por horas, con la capota levantada, que marchaban a la tarifa habitual: a dos francos la hora de agonía.

Este distinguido hotel es muy antiguo. Ya en la época del rey Clodoveo se podía morir en algunos lechos. Ahora se muere en quinientas cincuenta y nueve camas. En serie, naturalmente. Es evidente que, a causa de una producción tan intensa, cada muerte particular no queda tan bien acabada, pero esto importa poco. El número es lo que cuenta. ¿Quién concede todavía importancia a una muerte bien acabada? Nadie. Hasta los ricos, que podrían sin embargo permitirse ese lujo, comienzan a hacerse descuidados e indiferentes; el deseo de tener una muerte propia es cada

vez más raro. Dentro de poco será tan raro como una vida personal. Dios mío, es que está todo hecho. Se llega, se encuentra una existencia ya preparada; no hay más que revestirse con ella. Si se quiere partir, o si se está obligado a marcharse: sobre todo, ¡nada de esfuerzos! «Voilà votre mort, monsieur!». Se muere según viene la cosa, se muere de la muerte que forma parte de la enfermedad que se sufre. (Pues desde que se conocen todas las enfermedades se sabe perfectamente que las diferentes salidas mortales dependen de las enfermedades, y no de los hombres; y el enfermo, por decirlo así, no tiene nada que hacer).

En los sanatorios, donde se muere tan a gusto y con tanto agradecimiento hacia los médicos y enfermeras, se muere habitualmente de una de las muertes asignadas al establecimiento; está muy bien visto. Cuando se muere en casa, es natural que se escoja esa muerte cortés de la buena sociedad, con la que en cierto modo se inaugura ya un entierro de primera clase y toda la serie de sus admirables tradiciones. Entonces, los pobres se paran delante de estas casas y se sacian con estos espectáculos. Su muerte es, naturalmente, trivial, sin todos los requisitos. Se sienten dichosos encontrando una que más o menos les viene bien. Puede ser quizá demasiado ancha: siempre se crece todavía un poco. Solamente resulta molesto cuando no cierra sobre el pecho o ahoga.

Cuando pienso en mi casa (donde ya no hay nadie) me parece siempre que antes debió ser de otro modo. Antes, se sabía –o, quizá, solamente se sospechaba– que cada cual contenía su muerte, como el fruto su semilla. Los niños tenían una pequeña; los adultos, una grande. Las

mujeres la llevaban en su seno, los hombres en su pecho. Uno tenía su muerte, y esta conciencia daba una dignidad singular, un silencioso orgullo.

Todavía mi abuelo, el anciano chambelán Brigge, llevaba –ello era palpable– su muerte consigo. ¡Y qué muerte! De dos meses de duración, y tan ruidosa que se la oía hasta en la casa de labor.

La vieja y antigua casa señorial era demasiado pequeña para contener esta muerte, parecía necesitar que le añadiesen alas, pues el cuerpo del chambelán crecía cada vez más; quería ser conducido sin cesar de una habitación a otra y estallaba en cóleras terribles cuando, no habiendo acabado el día, ya no quedaban más salas adonde llevarle. Entonces había que llevarle a lo alto de la escalera con todo el séquito de criados, doncellas y perros que tenía siempre a su alrededor; y, dejando paso al intendente, invadían la cámara mortuoria de su santa madre, conservada exactamente en el estado en que la muerta la había dejado hacía veintitrés años, y donde nadie estaba autorizado para entrar.

Pero ahora todo el tropel hacía irrupción. Se descorrían las cortinas, y la luz robusta de una tarde de verano examinaba todos estos objetos tímidos y asustadizos, y se movía torpemente en los espejos que volvían a abrirse de improviso. Y no por ello las gentes lo tomaban con menos gusto. Había doncellas que, de pura curiosidad, ya no sabían dónde meter las manos, criados jóvenes que abrían mucho los ojos por todo, y otros, más viejos, que andaban de un lado para otro tratando de recordar lo que habían oído decir de esta habitación cerrada, donde tenían hoy, por fin, la dicha de penetrar.

Sobre todo era a los perros a quienes les parecía enormemente estimulante la permanencia en una habitación donde todas las cosas olían. Los lebreles rusos, grandes y delgados, se paseaban con un aire absorto detrás de las butacas, atravesaban la sala con un alargado paso de danza, con una leve ondulación, se enderezaban como perros heráldicos, y sus finas patas posadas sobre el alféizar de dorada blancura, la frente tirante y el hocico atento, miraban al patio a derecha e izquierda. Pequeños *bassets* color de guante amarillo estaban sentados en la amplia butaca de seda, próxima a la ventana, con aire indiferente, como si todo fuese normal, y un podenco de pelo erizado y aire gruñón, frotándose la espalda en la arista de un velador de patas doradas, hacía temblar tazas de Sèvres sobre la mesa pintada.

Efectivamente, fue una terrible época para estos objetos somnolientos de espíritu ausente. Sucedió que pétalos de rosa, escapados en un vuelo incierto de libros que una mano había abierto con prisa torpe, fueron pisoteados; se asían objetos pequeños, frágiles, y, al romperse enseguida, eran devueltos a su sitio precipitadamente; se escondían otros, estropeados, bajo las cortinas, o detrás del enrejado dorado del guardafuego de la chimenea. De vez en cuando alguna cosa caía con un ruido ahogado por la alfombra, caía con un sonido claro sobre el parquet duro del piso, resonaba, se quebraba aquí y allá, o se rompía casi sin ruido, pues estos objetos mimados no sobrevivían a ninguna caída.

Si alguien se hubiese preguntado cuál era la causa de todo esto y quién había hecho venir a esta habitación, tanto tiempo vigilada con inquietud, todo el terror de la

destrucción, sólo habría tenido una respuesta para esta pregunta: la Muerte.

La muerte del chambelán Christoph Detlev Brigge, en Ulsgaard. Pues estaba tendido, desbordando con abundancia de su uniforme azul oscuro, en el suelo, en el centro de la habitación, y no se movía. En su gran rostro extraño, que nadie conocía ya, los ojos se habían cerrado: no veía ya lo que sucedía. Primero se trató de tenderle sobre el lecho, pero se había resistido, pues detestaba las camas desde las primeras noches en que su mal había crecido. Además, el lecho se había quedado demasiado corto, y no hubo otro recurso que acostarle sobre la alfombra, pues no había querido volver a bajar las escaleras.

Estaba, pues, tendido, pudiendo creérsele muerto. Como empezaba a anochecer, los perros se habían retirado, uno tras otro, por la puerta entreabierta; y sólo el de pelo duro y cara desagradable se había sentado cerca de su amo, y una de sus anchas patas delanteras, de pelo espeso, estaba apoyada sobre la mano gris de Christoph Detlev. La mayor parte de los criados estaban fuera, en el blanco pasillo, que era más claro que la habitación; pero los que habían quedado dentro miraban a veces a hurtadillas a este sombrío montón, en el centro de la cámara, y deseaban que no fuese más que un gran traje sobre una cosa corrompida.

Pero aún quedaba otra cosa; quedaba una voz, una voz que siete semanas antes nadie conocía todavía; pues no era la voz del chambelán. Esta voz no pertenecía a Christoph Detlev, sino a la muerte de Christoph Detlev.

La muerte de Christoph Detlev vivía ahora en Ulsgaard, desde hacía largo, largo tiempo, y hablaba a todos y exigía.

Exigía ser llevada, exigía la habitación azul; exigía el saloncito, exigía la sala grande. Exigía los perros, exigía que se riese, que se hablase, que se jugase, que se callase, y todo a la vez. Exigía ver amigos, mujeres y muertos, y exigía morir ella misma: pedía. Exigía y gritaba.

Pues al llegar la noche, cuando, fatigados, los criados que no debían velar trataban de dormir, entonces gritaba la muerte de Christoph Detlev; gritaba y gemía, aullaba tanto y tan continuamente que los perros, que primero habían aullado con ella, terminaban callándose y sin atreverse a acostarse, de pie, sobre sus patas finas y altas; tenían miedo. Y cuando, en el pueblo, en esta ancha, plateada noche danesa de estío, oían que esta muerte aullaba, se levantaban como con una tormenta, se vestían y, sin decir nada, se quedaban sentados alrededor de la lámpara hasta que había pasado. Y llevaban a las habitaciones más apartadas, y a las alcobas más profundas, a las mujeres próximas a dar a luz; pero ellas le oían, le oían a pesar de todo, como si hubiese gritado en su propio cuerpo, y suplicaban que las dejaran también levantarse, y llegaban voluminosas y blancas, y se sentaban entre los demás, con sus rostros de rasgos borrosos. Y las vacas que parían entonces quedaban sin ayuda, impotentes y cerradas, y a una hubo que arrancarle del cuerpo el fruto muerto con todas las entrañas al no querer venir. Todos cumplían mal su tarea, olvidándose de traer el heno, porque pasaban el día temiendo a la noche y, a fuerza de velar y levantarse con sobresalto, estaban tan fatigados que no podían acordarse de nada. Y cuando el domingo iban a la iglesia, blanca y tranquila, pedían en sus oraciones que no hubiese más Señor en Ulsgaard, pues éste era un Señor terrible. Y lo

que todos pensaban y pedían, el pastor lo decía en alta voz desde el púlpito, pues tampoco él tenía ya noches ni comprendía a Dios. Y la campana lo repetía pues había encontrado una terrible rival, que resonaba toda la noche y contra la que ella no podía nada, ni aun cuando repicaba a plena voz. Sí, todos lo decían, y entre la gente joven había uno que soñó haber ido al castillo y haber matado al Señor con su horquilla; y estaban tan sublevados, tan revueltos, que todos escuchaban cuando contó su sueño, y, sin vacilar, todos le miraron para ver si era verdaderamente capaz de tal hazaña. Así se sentía y se hablaba en todo el lugar donde, algunas semanas antes, se había querido y compadecido al chambelán. Pero a pesar de hablar así, nada cambió. La muerte de Christoph Detlev que habitaba en Ulsgaard no se dejó apremiar. Había venido para diez semanas, y se quedó diez semanas bien contadas. Durante este tiempo era la dueña, mucho más que Christoph Detlev hubiese sido nunca el dueño; era igual a una reina que llaman «la Terrible», más tarde y siempre.

No era la muerte de cualquier hidrópico, sino una muerte terrible e imperial, que el chambelán había llevado consigo, y nutrido en él durante toda su vida. Todo el exceso de soberbia, de voluntad y autoridad que, aun durante sus días más tranquilos, no había podido usar, había pasado a su muerte, a esta muerte que ahora se había alojado en Ulsgaard y lo envilecía.

¿Cómo habría mirado el chambelán Brigge a cualquiera que le hubiese pedido morir de una muerte distinta a aquélla? Murió de su pesada muerte.

Y cuando pienso en otros que he visto o de los que he oído hablar, siempre es igual. Todos tienen su muerte propia. Esos hombres que la llevaban en su armadura, en su interior, como un prisionero; esas mujeres que llegaban a ser viejas y pequeñitas, y tenían una muerte discreta y señorial sobre un inmenso lecho, como en un escenario, ante toda la familia, los criados y los perros reunidos. Si ni siquiera los niños, aun los más pequeños, tenían una muerte cualquiera para niños; se concentraban y morían según lo que eran, y según aquello que hubieran llegado a ser.

Y qué melancolía y dulzura tenía la belleza de las mujeres encinta y de pie, cuando su gran vientre, sobre el que, a pesar suyo, reposaban sus largas manos, contenía *dos* frutos: un niño y una muerte. Su sonrisa densa, casi nutritiva en su rostro tan vacío, ¿no provenía quizá de que sentían a veces crecer en ellas el uno y la otra?

He hecho algo contra el miedo. He permanecido sentado durante toda la noche, y he escrito. Ahora estoy tan fatigado como después de una larga caminata a través de los campos de Ulsgaard. Me duele pensar que todo eso ya no existe, que gentes extrañas habitan aquella vieja y larga casa señorial. Es posible que en la habitación blanca, arriba, bajo el remate, las criadas duerman ahora, duerman con su sueño pesado, húmedo, desde el anochecer hasta la mañana.

Y no tiene uno nada ni a nadie, y se viaja a través del mundo con su maleta y un cajón de libros, y en resumen, sin curiosidad. ¿Qué vida es ésta? Sin casa, sin objetos heredados, sin perros. ¡Si al menos hubiese recuerdos! Pero ¿quién los tiene? Si la infancia estuviese aquí: pero

está como enterrada. Quizá sea necesario ser viejo para poder conseguir todo. Pienso que debe ser bueno ser viejo.

Hoy hemos tenido una hermosa mañana otoñal. Atravesé las Tullerías. Todo lo situado al este delante del sol, deslumbraba. La parte iluminada estaba recubierta de una niebla, como con una cortina gris luminosa. Gris sobre el gris, las estatuas se soleaban en los jardines aún no desvelados. Algunas flores aisladas se levantaban en los largos arriates y decían: Rojo, con voz temerosa. Después un hombre muy alto y esbelto apareció, volviendo la esquina, del lado de los Champs-Élysées: llevaba una muleta —no apoyada bajo el brazo—, la llevaba ante sí, levemente, y de vez en cuando la apoyaba en el suelo con fuerza y con ruido, como un báculo. No podía reprimir una alegre sonrisa, y sonreía a todo, al sol, a los árboles. Su paso era tímido como el de un niño, pero de una ligereza insólita, lleno del recuerdo de un paso anterior.

¡Qué efecto puede producir una luna tan pequeña! Días en los que todo es claro alrededor, claro apenas diseñado en el aire luminoso, y sin embargo bien distinto. Los objetos más cercanos tienen ya tonalidades lejanas, están remotos, mostrados solamente de lejos, no entregados; y todo lo que está en relación con la lejanía —el río, los puentes, las largas calles y las plazas que se esfuman— ha tomado esta lejanía detrás de sí, y está pintado sobre ella, como sobre un tejido de seda. No es posible decir lo que puede ser entonces un coche de un verde luminoso, sobre el Pont-Neuf, o un cierto rojo imposible de retener, o sencillamente un cartel, sobre el muro medianero

de un grupo de casas gris perla. Todo está simplificado, traído a algunos planos precisos y claros, como el rostro en un retrato de Manet. Y nada es insignificante y superfluo, los libreros del viejo «quai» abren sus puertas, y el amarillo fresco o fatigado de los libros, el pardo violado de las encuadernaciones, el verde más intenso de un álbum, todo concuerda, cuenta, todo toma parte y concurre a una plenitud perfecta.

He visto en la calle el conjunto siguiente: un carrito de mano, empujado por una mujer; delante, colocado a lo largo, un organillo. Detrás, atravesado, un cesto en el que un niño muy pequeño, sólidamente sostenido sobre sus piernas, con aire alegre bajo su gorro, no quería dejarse sentar. De vez en cuando la mujer da vueltas al manubrio. El pequeño se levanta enseguida pateando en su cesto, y una niñita con su vestido verde de los domingos, baila y toca una pandereta levantándola hacia las ventanas.

Creo que debería empezar a trabajar un poco, ahora que aprendo a ver. Tengo veintiocho años, y, por decirlo así, no me ha sucedido nada. Rectifiquemos: he escrito un estudio sobre Carpaccio, que es malo, un drama titulado *Matrimonio* que quiere demostrar una tesis falsa por medios equívocos, y versos. Sí, pero ¡los versos significan tan poco cuando se han escrito joven! Se debería esperar y saquear toda una vida, a ser posible una larga vida, y después, por fin, más tarde, quizá se sabrían escribir las diez líneas que serían buenas. Pues los versos no son, como creen algunos, sentimientos (se tienen siempre demasiado pronto), son experiencias. Para escribir un solo verso es

necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, hay que sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las florecitas al abrirse por la mañana. Es necesario poder pensar en caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en despedidas que hacía tiempo se veían llegar; en días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado; en los padres a los que se mortificaba cuando traían una alegría que no se comprendía (era una alegría para otro); en enfermedades de infancia que comienzan tan singularmente, con tan profundas y graves transformaciones; en días pasados en las habitaciones tranquilas y recogidas, en mañanas al borde del mar, en la mar misma, en mares, en noches de viaje que temblaban muy alto y volaban con todas las estrellas –y no es suficiente incluso saber pensar en todo esto–. Es necesario tener recuerdos de muchas noches de amor, en las que ninguna se parece a la otra, de gritos de parturientas, y de levas, blancas, durmientes paridas, que se cierran. Es necesario aún haber estado al lado de los moribundos, haber permanecido sentado junto a los muertos, en la habitación, con la ventana abierta y los ruidos que vienen a golpes. Y tampoco basta tener recuerdos. Es necesario saber olvidarlos cuando son muchos, y hay que tener la paciencia de esperar que vuelvan. Pues, los recuerdos mismos, no son aún esto. Hasta que no se convierten en nosotros, sangre, mirada, gesto, cuando ya no tienen nombre y no se les distingue de nosotros mismos, hasta entonces no puede suceder que en una hora muy rara, del centro de ellos se eleve la primera palabra de un verso.

Pero mis versos todos nacieron de otro modo; por tanto no son versos. ¡Y cómo me engañaba cuando escribía mi drama! ¿Era yo un imitador y loco, por haber necesitado un tercero para narrar la suerte de dos seres que se hacían la vida imposible? ¡Qué fácilmente caí en la trampa! Y sin embargo, tendría que haber sabido que este tercero que atraviesa todas las vidas y las literaturas, este fantasma de un tercero que jamás ha existido, no tiene sentido y hay que negarlo. Es uno de los pretextos de la naturaleza que se esfuerza siempre en desviar la atención de los hombres de sus misterios más profundos. Es la mampara detrás de la que se desarrolla un drama. Es el ruido vano a la entrada del silencio de un conflicto verdadero. Se diría que, hasta ahora, todos han juzgado demasiado difícil hablar de esos dos, de quienes solamente se trata. El tercero, que precisamente por ser tan poco real es la parte fácil de la tarea, todos han sabido construirlo: desde el comienzo de sus dramas se siente la impaciencia por llegar a él apenas pueden esperarlo. En cuanto llega, todo va bien. Pero ¡qué fastidio cuando se retrasa! Nada puede suceder sin él, todo se detiene, va más lentamente, espera. Sí, pero ¿y si se quedara uno en esta pausa y espera? Veamos, señor Dramaturgo, y tú, público que conoces la vida, ¿qué sucedería si desapareciesen: el vividor popular o el joven pretencioso, que abre todos los matrimonios como una llave maestra? ¿Qué sucedería si, por ejemplo, se lo llevase el diablo? Supongámoslo un momento. Se ve de pronto que los teatros se vacían de modo extraño, se les tapia como agujeros peligrosos; solamente las polillas de los barandales de los palcos se mueven en un vacío que nadie apuntala. Los dramaturgos

dejan de disfrutar de sus barrios residenciales. Todas las agencias de negocios y la policía buscan para ellos, en los lugares más apartados del mundo, al tercero irremplazable que era la acción misma.

Y sin embargo viven entre los hombres –no hablo de estos *terceros*– los otros dos sobre los que tantas cosas habría que decir, sobre los que aún no se ha dicho nada, aunque sufren y actúan y no saben cómo ayudarse.

Es ridículo. Estoy sentado en mi pequeña habitación, yo, Brigge, de veintiocho años y no conocido de nadie. Estoy aquí sentado, y no soy nada. Y sin embargo, esta nada se pone a pensar y en su quinto piso, en esta gris tarde parisiense, piensa esto:

¿Es posible, piensa, que no se haya aún visto, reconocido ni dicho nada verdadero e importante? ¿Es posible que haya habido milenios para observar, reflexionar y escribir, y que se hayan dejado transcurrir esos milenios como un recreo escolar, durante el cual se come una rebanada de pan y una manzana?

Sí, es posible.

¿Es posible que a pesar de las invenciones y progresos, a pesar de la cultura, la religión y el conocimiento del universo, se haya permanecido en la superficie de la vida? ¿Es posible que se haya, incluso, recubierto dicha superficie –que, después de todo, aún habría sido algo–; que se le haya recubierto de un tejido increíblemente aburrido, que le hace parecerse a muebles de salón en vacaciones de verano?

Sí, es posible.

¿Es posible que toda la historia del universo haya sido mal comprendida? ¿Es posible que la imagen del pasado

sea falsa, porque siempre se ha hablado de sus muchedumbres, como si no fuesen más que reuniones de muchos hombres, en lugar de hablar de aquel alrededor del cual se congregaban, porque era extraño y moribundo?

Sí, es posible.

¿Es posible que nos creamos obligados a recuperar lo que sucedió antes de que naciósemos? ¿Es posible que sea necesario recordar a cada uno que ha habido antepasados, y que por consiguiente, lleva en sí este pasado, y que no tiene nada que aprender de otros hombres que pretenden poseer un conocimiento mejor o diferente?

Sí, es posible.

¿Es posible que todas estas gentes conozcan con todo rigor un pasado que jamás existió? ¿Es posible que todas las realidades no sean nada para ellos, que su vida se deslice sin estar anudada a ninguna cosa, como un reloj en un cuarto vacío?

Sí, es posible.

¿Es posible que no se sepa nada de todas las muchachitas que, sin embargo, viven? ¿Es posible que se diga: «las mujeres», «los niños», «los muchachos» y no se sospeche (no se sospeche a pesar de toda su cultura) que estas palabras, desde hace mucho tiempo, no tienen plural, sino solamente singular?

Sí, es posible.

¿Es posible que haya gentes que digan: «Dios» y piensen que sea un ser que es común a todos? Ved estos dos colegiales: uno se compra un cortaplumas, y su compañero, el mismo día, se compra uno idéntico. Y después de una semana, al enseñarse sus navajitas, parece que no

hay entre ambas más que un parecido remoto, tan distinta ha sido la suerte de las dos cuchillas en manos diferentes.

«Sí», dice la madre de uno, «siempre estropeas todo...».

Y más aún: ¿Es posible que se crea tener un Dios sin usarlo?

Sí, es posible.

Pero si todo esto es posible, y por otra parte sólo tiene una apariencia de posibilidad, entonces sería necesario, por todo lo que en el mundo existe, que suceda algo. El primer llegado que ha tenido este inquietante pensamiento debe comenzar a hacer alguna cosa de las que han sido desatendidas; quienquiera que sea él, aunque no sea el más apto, puesto que no hay otro. Este Brigge, este extranjero, este joven insignificante, deberá sentarse y, en su quinto piso, deberá escribir, escribir día y noche. Sí, deberá escribir, y así acabará esa situación.

Debía de tener entonces doce años, o todo lo más trece. Mi padre me había llevado a Urnekloster. No sé qué es lo que le había obligado a visitar a su suegro. Desde hacía muchos años, desde la muerte de mi madre, no se habían vuelto a ver los dos hombres, y mi padre mismo no había estado nunca en el viejo castillo adonde el conde Brahe no se había retirado sino al declinar. No he vuelto a ver nunca esta extraña morada, que cayó en manos extrañas cuando murió mi padre. Tal como la encuentro en mi recuerdo infantilmente modificado no es un edificio; está toda ella rota y repartida en mí; aquí una pieza, allá una pieza, y acá un extremo de pasillo que no reúne a estas dos piezas, sino que está conservado en cuanto que fragmento. Así es como todo está desparramado en mí; las